



Propósitos de la nueva Nora:

1. Dejar de balbucear en clase de inglés
2. Encontrarle un novio definitivo a Mateo
3. Sobrevivir al amor

OLGA SALAR

CÓMO SOBREVIVIR AL AMOR

Olga Salar

Cómo sobrevivir al amor

Basada en una idea de Susana López Rubio,
Manuela Moreno y Núria Valls

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Olga Salar, 2015
© Atlantis, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2015
Depósito legal: B. 6.636-2015
ISBN: 978-84-08-13970-6
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

«Nora, deja a tu hermana» (Belén, madre de Nora y Marta)

Era bastante evidente que las tres mujeres, que hablaban acaloradamente en medio de la panadería, eran familia. No porque su conversación las delatara ni porque sus cabellos, sus ojos, o su tono de piel fueran delatores de la relación que las unía. Más bien el parecido entre ellas residía en sus gestos. En las expresiones tan parecidas e igual de contrariadas con que se miraban las unas a las otras.

La más joven de las tres, Marta, miró a su madre con los ojos abiertos como platos mientras su hermana mayor, Nora, se reía de ella sin el menor disimulo.

—¡Joder! No puedes estar hablando en serio. ¡Me cago en la leche! ¡Dime que es una broma!

—Esa boca, niña. Te la voy a lavar con jabón —la regañó su madre al tiempo que arrancaba un trocito de papel del único anuncio pegado en el cristal del establecimiento—. Yo no bromeo, al menos no lo hago con las cosas serias. Y el inglés es imprescindible en los tiempos en que vivimos.

Consciente de que su hermana estaba a punto de estallar de rabia, Nora se dio la vuelta fingiendo que miraba algo que estaba más allá de su familia. La dirección que estaba tomando la discusión entre su madre y su hermana le estaba impidiendo mantenerse formal por más tiempo. Por un lado, Marta no dejaba de maldecir, y por el otro, tampoco era plan atraer más la atención de los

clientes de la panadería, que a duras penas les quitaban la vista de encima.

—Mamá, no puedes hacerme esto. Haré lo que quieras, pero, mami, no me hagas ir.

—Por Dios, Marta, que solo son clases de inglés. No dramatices, hija. —Su hermana mayor estaba empezando a sentirse incómoda, teniendo en cuenta la cantidad de gente que las miraba en la panadería.

—Hasta mañana, Adela —se despidió Belén, la madre de las chicas, de la panadera, caminando delante de sus hijas, que la seguían cada una centrada en lo suyo—. Si vais Nora y tú juntas a las clases, nos ahorraremos un dinerito para las vacaciones de verano, y aprovecharemos el dinero invertido en las clases.

La tienda estaba a la vuelta de la esquina de su casa, por lo que todos los parroquianos conocían a la familia, los que no simplemente comprendían lo complicado que era lidiar con dos hijas en esa edad en que ni eran adolescentes ni adultas propiamente dichas.

—Y si no voy ahorraremos más. Mami, por favor. ¡No quiero ir!

—Marta, estás empezando a cansarme.

—Pero es que no es justo que sea Nora la que suspenda inglés y me toque a mí pagar el pato. Es ella la que tiene que aprobar para entrar en la universidad, no yo.

—El inglés es bueno para todos, Marta. Además, seguro que no te viene mal concentrarte en otra cosa que no sean los chicos.

Marta se quedó parada unos segundos, sorprendida por la respuesta de su madre, ¿cómo que los chicos no eran importantes? No había duda de que la edad causaba estragos en las personas, por muy inteligentes que fueran.

Echó a correr tras su madre y Nora cuando comprendió que no iban a esperarla.

—Mamá, en serio, dime qué tengo que hacer para salvarme y lo hago —insistió desesperada, comprendiendo que la excusa de las vacaciones no iba a servir para nada—. No puedes coartar así

mi libertad. Soy una adolescente que necesita de su espacio para encontrarse a sí misma en el mundo.

Marta se calló de golpe cuando escuchó las risas de su hermana tras ella. De acuerdo que había sido un poco dramática, pero era justificado. ¡Estaba desesperada! Y su madre estaba tan acostumbrada a sus tácticas de evasión que iba a tener que esforzarse mucho para lograr su objetivo: escaquearse de las dichosas clases de inglés. Ella tenía las tardes ocupadas en asuntos más importantes.

Se sintió un poco mejor al comprobar que, aparte de Nora y de su madre, no la había escuchado nadie más. Al menos ya no estaban frente a las viejas chismosas del horno, aunque, a juzgar por la actitud de su familia, a ella era a la única que le importaba no hacer el ridículo en público.

—De acuerdo, haremos un trato, si eres capaz de dejar de decir palabrotas durante lo que queda de curso escolar, te libras de las clases de inglés. Si no lo haces, asistirás a ellas durante el verano, y adiós a las vacaciones. Estamos en marzo, Marta, son menos de cuatro meses. No es tan difícil. —Su madre se detuvo para encararla—. ¡Y desde ya te aviso que no es negociable! Ni una palabra malsonante.

—¡Joder, mamá! ¡Qué putada!

—Lo tienes difícil, bonita —comentó Nora, sin poder callarse—. Y deja de dar esos gritos, que se va a enterar toda Barcelona de que no quieres estudiar inglés.

Su madre enarcó una ceja antes de hablar.

—Nora, deja a tu hermana, y Marta, no te creas que porque no esté delante no me voy a enterar. Tengo ojos hasta en la nuca. Y espías por todas partes. Si te comprometes, tienes que cumplir.

—Tú no eres una madre normal, tú eres el jodido James Bond. ¡Me das miedo!

—Esa boca, Marta. Qué va a ser, ¿trato hecho? —ofreció extendiendo la mano.

—Sabes que nunca digo que no —aceptó esta estrechándose.

Retomaron la marcha cada una de ellas satisfecha por haber conseguido lo que pretendía.

—Vistos tus últimos novios, quizás tendrías que aprender a hacerlo —se burló Nora en voz baja, pero no lo suficiente para que su hermana no la escuchara—. Decir que no de vez en cuando te hará más interesante, ¿no crees?

—¡Vete a la mierda, Nora!

—Mamá, Marta ha dicho *mierda*.

—Eso no es una palabrota, es una necesidad fisiológica universal —se defendió Marta, y girándose para encararla, le espetó—: Espero que tu profesor sea un cero patatero: feo, viejo y sudoroso. Te lo mereces por p... pava —dijo, corrigiéndose a tiempo.

—No voy a hacer nada con él. Solo me va a dar clase, aunque supongo que tú eres incapaz de aprender nada si no te lo enseña un número diez. —Se detuvo un instante y arqueó una ceja—. No, espera. Que para ti los dieces son animales mitológicos.

—¡Imbécil! —le soltó en un susurro.

—Mamááááááááááá, Marta ha dicho una palabrota.

CUATRO SEMANAS DESPUÉS...

Nora no tenía dudas al respecto, disfrutaba de una vida estupenda, puede que últimamente un poco aburrida, ahora que su hermana se había convertido en santa Marta de Jesús, pero estupenda al fin y al cabo.

De hecho, si dejaba fuera del tanteo que tenía que aprobar inglés para poder graduarse y hacer la selectividad, que su vida amorosa era un desastre y que no se preveían vistas de mejora, pasaba de estupenda a sensacional. Porque, aunque esos eran puntos que tener en cuenta, el disfrutar de unas amigas maravillosas, comer sin engordar y tener la mente repleta de ideas y el empuje necesario para llevarlas a cabo ganaban la partida a todo lo demás. Después de todo, era una realidad que el amor estaba sobrevalorado.

—Nora, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? —preguntó el improvisado profesor de inglés que su madre le había impuesto, y que había resultado ser uno de los estudiantes de Derecho que vivían en el quinto piso de su edificio.

Estaban sentados alrededor de la enorme mesa del comedor de Fran, justo en el piso de arriba del que Nora compartía con sus padres y su hermana. A pesar del tamaño del mueble, apenas se veía la madera, enterrada entre libros de leyes, manuales de Derecho e infinidad de apuntes. De hecho, estaba igual que el primer día que había entrado en el salón cuatro semanas antes. Como si en todo ese tiempo no hubieran movido un solo folio.

—¿Dónde coméis? Es imposible que desmontéis esto dos veces al día y que os quede exactamente igual.

—¿Qué?

—¿Dónde coméis? Aquí hay mucho trasto.

—No son trastos, son apuntes de clase. El material más valioso de cualquier estudiante.

—Vale, pero ¿dónde coméis?

Fran se llevó las manos a la cabeza, y ella estuvo a un segundo de detenerle. Convencida de que tocarse mucho el pelo, al menos en su caso, no era una buena opción, puesto que las entradas de Fran apuntaban a una calvicie inminente y sin otro remedio que un implante capilar.

—En la mesa de la cocina.

—Ya decía yo que aquí no podía ser.

—Nora, vas a tener que concentrarte si quieres aprobar tus exámenes. Tienes que tomártelo en serio. Además, tendrás que aprobar la selectividad si quieres sacar la nota que te piden para matricularte en...

Cerró los ojos y casi creyó estar escuchando a su mejor amiga, Gisela, alias *Pepito Grillo*, dándole un sermón. Gisela era la amiga que toda madre quería que tuviera su hija: educada, recatada, estudiosa, seria y sumamente responsable. La hija perfecta, la amiga perfecta. Demasiado perfecta para dejarse llevar por las hormo-

nas, lo que se traducía en que a sus dieciocho años todavía no había disfrutado de su primer beso en condiciones.

De repente, una de esas ideas que hacían que Nora fuera esa persona ingeniosa y metomentodo surgió en su cabeza y se extendió por ella elaborándose a cada palabra que Fran pronunciaba, y que ella ignoraba deliberadamente y sin remordimientos de ninguna clase.

Acababa de descubrir que no había dos personas más afines que Gisela y Fran, incluso sus sermones sonaban similares, y, cómo no, seguían las mismas pautas: tendrías que dejar de hacer esto y hacer esto otro...

Aunque, para ser justa, tenía que aceptar, en favor de Fran, que su profesor particular tenía más sentido del humor que su mejor amiga, que era un palo. Por lo demás eran perfectos el uno para el otro: sosos, responsables y perfectamente educados.

Abrió los ojos y le miró con una sonrisa brillando en ellos:

—Fran, ¿tienes novia? ¿Amiga especial?

Él achicó los ojos, especulando sobre la razón que motivaba la inesperada pregunta.

—No, ¿por qué? ¿No estarás pensando en pedirme que salgamos juntos? —Su cara era seria mientras hablaba—. No sería ético, ya sabes, soy mayor y soy tu profesor...

—No, yo... Había pensado... Que a lo mejor...

—Nora, déjalo. Te estoy tomando el pelo —confesó riéndose de su azoramiento—. No eres mi tipo, a mí me van las rubias, aunque reconozco que las pelirrojas no estáis tan mal —siguió con la broma.

Nora se alegró de que fuera su pelo el tomado y no el de él. Dadas las circunstancias, ella era la única que podía permitirse perder algún mechón.

Respiró más tranquila y se rio con Fran, que parecía haber disfrutado con su incomodidad. «Sí —pensó—, definitivamente, Fran sabe reírse.» Y por si necesitara algún incentivo más, acababa de confesarle que le gustaban las chicas rubias, lo que convertía a

Gisela en la mujer de sus sueños, aunque todavía no sabía que los tuviera.

Tenía que conseguir que su nuevo vecino y su mejor amiga se conocieran. Qué narices, ella era una persona completamente altruista, y había decidido dedicar el valioso tiempo que tenía para aprobar inglés a conseguir que Gisela, la virtuosa, se estrenara, en más de un sentido. Y encima para lograrlo le había buscado a un estudiante universitario, la fauna más codiciada entre los estudiantes de bachillerato.

Sí, volvió a la carga, era una amiga estupenda, y es que no solo le estaba haciendo un favor a Gisela, sino que también iba a conseguirle a Fran una novia antes de que se quedara sin pelo.